



En Memoria de Jose Schlosser y Eva Schlosser (Q.E.P.D.)

Selección de texto realizada para la "Cadena Fraternal", Página editada con los auspicios de la

Respetable :: Logia :: Simbólica "La Fraternidad n°62" de Tel Aviv, Israel

WWW.CADENAFRATERNAL.COM

Plancha 1283

A :: L :: G :: D :: G :: A :: D :: U ::
S :: F :: U ::

El simbolismo del golpe de malleto

La Masonería habla en símbolos porque hay verdades que, cuando se explican demasiado pronto, se empequeñecen. El símbolo no encierra la verdad: la protege. Pero también no dicta la verdad como un dogma absoluto, permite interpretar esa verdad de acuerdo al libre albedrío y acuerdo de cada individuo. Por esto es que el símbolo masón, no oculta algunos secretos solo por mero capricho o por el tener el pequeño poder de pertenecer a esta orden iniciática y simbólica. Sino porque sabe que ciertas luces solo pueden recibirse cuando el ojo interior ha sido educado para no quedar ciego ante ellas.

O mejor dicho, cuando paso a paso, hemos ido viviendo el viaje iniciático que se inicia con los tres golpes iniciales del primer grado en la puerta interior del templo.

Entre esos símbolos, pocos son tan simples y tan profundos como la piedra bruta que adorna cada templo masón.. A primera vista, parece apenas una roca sin forma, un bloque arrancado de la cantera, áspero, irregular, todavía inútil para el edificio. Sin embargo, en la tradición masónica, la piedra bruta representa al hombre en su estado inicial: no necesariamente malo, pero sí incompleto; no condenado, pero sí pendiente de trabajo; no indigno, pero todavía dominado por aristas, pasiones, vanidades, ignorancias y desórdenes interiores.

Pero esta noche, queridos hermanos, no quiero detenerme solo en la piedra. Quiero detenerme en algo más pequeño, más seco, más breve y quizás menos observado: el golpe. Y hablo específicamente del golpe de malleto sobre la piedra bruta.

Ese golpe, hermanos, no es un simple acto de fuerza. No es violencia. No es castigo. No es destrucción. Es discernimiento. El golpe verdadero no rompe la

piedra para humillarla; desprende de ella aquello que no pertenece a su forma superior. El malleto no inventa la piedra perfecta: la libera. Y aquí aparece una de las enseñanzas esotéricas más delicadas de la Masonería: el hombre no se construye agregando máscaras, títulos, vanidades o decoraciones externas. El hombre se construye quitando. Quitando soberbia. Quitando miedo. Quitando servidumbre. Quitando mentira. Quitando esa costra profana que en algún momento nos ha hecho parecer perfectos, exitosos, triunfadores, ganadores de nuestra propia miseria humana, encerrados en pasiones fútiles, vanas e innecesarias. Cuando en realidad, somos presas de esas mismas vanalidades.

Recordemos, queridos hermanos nuestro catecismo de primer grado, cuando se nos enseña que a los libre y aceptados masones se nos enseña que el malleto o mazo común sirve para el propósito más noble de subyugar nuestras pasiones, mientras que para los no iniciados, el malleto solo sirve para dar forma a una forma sin estructura, sin sentido, sin ángulos perfectos que encajen en la verdadera grandeza del ser humano. En la verdadera grandeza de la armonía, el amor.

Pero también este golpe tiene otra profundidad: cada impacto es una pequeña muerte. Muere una excusa. Muere una comodidad. Muere una forma inferior del yo. Y donde antes había masa informe, comienza a aparecer proporción.

Pero me nace otra pregunta... Soy Maestro Masón, Quizas grado 32 o 33, Quizas he alcanzado el Arco Real, o la cima de otros cuerpos masónicos, pero: ¿Cuándo dejo de ser piedra bruta? Y la respuesta honesta, descarnada y 100% masónica debe ser: NUNCA!

Ser piedra bruta no debe avergonzarnos. Al contrario. Solo el profano que no se conoce presume de estar terminado. Solo el ignorante cree que no tiene aristas. Solo quien jamás ha entrado en su propio templo interior se imagina ya construido. El masón, en cambio, sabe que la piedra bruta no es una acusación, sino un diagnóstico. Y más aún: es una promesa. Porque toda piedra trabajable contiene, en silencio, la posibilidad de una piedra cúbica.

La piedra cúbica, o piedra perfecta, no representa un hombre sin defectos, porque ningún hombre vivo alcanza una perfección absoluta. Representa más bien al hombre que se ha dejado trabajar por la disciplina, por la luz, por el estudio, por el silencio, por la fraternidad y por la conciencia.

Aquí aparece la relación con el Templo del Rey Salomón. Porque el templo no es solamente un edificio antiguo, ni solo una memoria bíblica, ni solo una

arquitectura sagrada del pasado. El templo se convierte en el mapa del alma, es una arquitectura simbólica del perfeccionamiento personal, una imagen del proceso por el cual el hombre se desarrolla, se ordena y busca la luz, como cuando subimos los 3, 5 y 7 peldaños del grado de compañeros en busca de más luz. Entonces la pregunta es inevitable: ¿qué templo puede levantarse con piedras que se niegan a ser trabajadas?

Porque una piedra bruta, abandonada a su capricho, puede tener peso, pero no armonía. Puede ocupar espacio, pero no sostener la bóveda. Puede presumir de dureza, pero no servir al trazado del Gran Arquitecto. Del mismo modo, un hombre dominado por sus pasiones puede tener dinero, poder, títulos, fuerza, influencia o verbo; pero si no ha sido golpeado interiormente por el malleto de la conciencia, seguirá siendo una piedra sin escuadra. Existirá, pero no edificará. Hará ruido, pero no levantará templo.

Y este es, quizás, el golpe menos comprendido: el golpe que no viene de fuera, sino de dentro. Porque hay golpes exteriores que solo hieren el orgullo. Pero hay golpes interiores que despiertan el espíritu. Hay momentos en la vida en que la realidad nos golpea como malleto: una pérdida, una traición, una caída, una enfermedad, una humillación, una noche oscura del alma. El profano maldice ese golpe. El iniciado lo escucha. Porque sabe que, muchas veces, lo que parece desgracia es cincel. Lo que parece castigo es la corrección de la forma. Lo que parece destrucción es preparación para una arquitectura superior.

La enseñanza esotérica no consiste en creer en fantasías, sino en aprender a leer la segunda capa de las cosas. Ver una piedra y comprender al hombre. Ver un templo y comprender el alma. Ver un golpe y comprender la necesidad de transformar la materia caótica en forma consciente.

Por eso la Masonería no entrega al iniciado una doctrina cerrada, sino herramientas. La escuadra no piensa por él. El compás no decide por él. El malleto no golpea por él. Cada símbolo le recuerda que la obra no se delega. Nadie puede tallar por completo la piedra de otro. Podemos acompañar, iluminar, advertir, sostener y corregir fraternalmente; pero el verdadero trabajo ocurre en la cantera secreta de la conciencia.

El Templo de Salomón, visto así, no está perdido en Jerusalén ni enterrado en una ruina histórica. Está incompleto en cada uno de nosotros. Sus columnas son nuestras virtudes todavía débiles. Sus cámaras son nuestros grados de comprensión. Su altar es nuestra conciencia. Su luz es esa chispa divina que solo se manifiesta cuando el caos interior acepta someterse a una geometría superior.

Y la piedra bruta somos nosotros, No una vez. Muchas veces. Somos piedra bruta cuando reaccionamos con ira antes de comprender. Somos piedra bruta cuando buscamos honores sin haber merecido silencio. Somos piedra bruta cuando confundimos conocimiento con sabiduría. Somos piedra bruta cuando hablamos de luz, pero no toleramos que esa luz revele nuestras sombras. Somos piedra bruta cuando queremos entrar al templo sin haber permitido que el malleto toque nuestras deformidades.

Por eso el golpe de malleto es sagrado. Porque no adorna. No seduce. No consuela. Despierta. Es el sonido seco de la verdad cuando cae sobre la materia aún indisciplinada. Es el instante en que el hombre deja de culpar al mundo y comienza a trabajar sobre sí mismo. Es la primera música del templo interior.

Y quizás, queridos hermanos, ese sea el verdadero secreto simbólico: la Masonería no nos promete una vida sin golpes. Nos enseña a distinguir qué golpes destruyen y qué golpes construyen. Nos enseña que la piedra no debe odiar al malleto si el golpe la acerca a su forma más noble. Nos enseña que el templo no se levanta con hombres intactos, sino con hombres trabajados. Hombres que han sufrido, pensado, caído, medido, rectificado y vuelto a levantarse con la Garra del León.

La piedra bruta no entra al templo para ser exhibida. Entra para ser transformada. Y cuando el golpe cae, cuando la arista se desprende, cuando la forma comienza a obedecer a una geometría más alta, entonces comprendemos que el esoterismo masónico no está en escapar del mundo, sino en ordenar la materia del mundo.

Empezando por la materia más difícil de todas: uno mismo.

Es mi palabra

Patricio Fernández.

MM, Luz de América N.255